

Eustaquio, sanación y reconciliación

Cuadernillo
de
Formación Permanente nº 2

SS.CC. - Provincia Ibérica





Presentación

El plan de animación espiritual y misionera del Gobierno General para toda la Congregación tiene asignado un año a cada uno de los tres "iconos" propuestos por el Capítulo General. El año 2013 se dedicó a los Mártires de España; el 2014 a Damián y el año que comenzamos estará dedicado al beato Eustaquio.

El Gobierno General presentó al Consejo General Ampliado las orientaciones y las acciones que piensa proponer a toda la Congregación para el año del beato Eustaquio:

“Queremos que ese programa ayude a conocer mejor a Eustaquio y a profundizar en temas como la sanación física y espiritual; el alivio de las heridas interiores; la reconciliación como tarea personal, comunitaria y misionera; la reparación dentro del misterio de la redención; el ministerio de la reconciliación; las maneras de situarse frente a la violencia; el cuidado de los enfermos y ancianos; etc. Las acciones simbólicas que propondremos a la Congregación serán fundamentalmente dos: la celebración del sacramento de la reconciliación en cada comunidad local en algún momento de la Cuaresma de 2015; y la celebración de la unción de los enfermos, en comunidades mayores o zonales, en algún momento del Adviento en 2015. Se trata de una invitación a volvernos juntos a la fuente sacramental de donde brotan la sanación y el perdón verdaderos: el Espíritu de Cristo resucitado” (*Info SS.CC. hermanos*, nº 84, pág. 8).

El Capítulo General de 2012, al presentar el icono Eustaquio, nos dice: “Eustaquio nos motiva a trabajar por la reconciliación, la salud y la paz de las personas y los pueblos, acercándonos a los que sufren la violencia de todo tipo y están heridos en el corazón y en el cuerpo” (cf. *número 20 del documento Misión*).

Se da la circunstancia de que el año 2015 ha sido declarado por el papa Francisco "Año de la Vida Consagrada". La Carta Apostólica que el papa acaba de dirigir a todos los consagrados puede enriquecer e inspirar nuestro “proceso de formación, crecimiento y renovación que dura toda la vida” (Const. a. 66).

*** *** ***

La Comisión de Formación Permanente ha preparado este material como ayuda para asimilar y poner en práctica el mensaje de “Salud y Paz” tan admirablemente vivido por el beato Eustaquio: sanación personal que recibiremos como don del Señor por su intercesión, ministerio de reconciliación del que somos servidores y presencia curativa de la que el beato Eustaquio fue fiel instrumento de Jesús.

Presentación de la figura del P. Eustaquio

Eustaquio entra en la estela de los santos que han seguido las huellas del Buen Samaritano. Como san Juan de Dios, san Camilo de Lelis o san Damián de Molokai, Eustaquio se hizo prójimo de los sufrientes en el cuerpo y en el espíritu. Como san Leopoldo Mandic o san Juan María Vianney, dedicó horas y horas, de manera incansable, al sacramento del perdón, en escucha atenta y curativa a aquellos que se acercaban al bálsamo de la misericordia. Es difícil una actitud así un día y otro día, si no se está abierto a la acción del Espíritu, que inspira, sostiene y acompaña. En 2015, también nosotros, religiosos de los Sagrados Corazones entramos por esta senda tras los pasos de nuestro hermano misionero Eustaquio. Que con él podamos renovar con nuestra vida sus palabras: “Salud y paz”.



1. Carta del P. Eustaquio a D. José Gaspar, arzobispo de Belo Horizonte *(tomada del oficio de lectura del día de su fiesta 30 de agosto)*.

“Para facilitar la audiencia que Vuestra Excelencia me concedió para esta noche, quiero expresar en pocas palabras el gran ideal que actualmente estimula mi vida sacerdotal y religiosa.

Felizmente, nunca me di reposo a mí mismo cuando se

trataba de aliviar los sufrimientos del prójimo y de arrancar de este mundo, en cuanto me era posible, el mal que pone obstáculos a la felicidad en esta vida terrena o en la vida eterna; todavía hoy me veo empujado por todos lados a ayudar a la humanidad en mi condición de sacerdote, que por sus bendiciones se ve como instrumento de la Divina Providencia para aliviar los dolores del prójimo.

Pero, como en todo, lo material es sólo el camino para lo espiritual; las curaciones corporales que vemos son sólo medios para obtener una segunda curación mucho más importante: la curación del alma; y no solamente del alma de aquellos que obtuvieron la curación, sino de cientos y cientos que fueron testigos de aquello y cuya alma o estaba en una indiferencia espiritual completa, o en una tibieza profunda en las cosas de Dios y del espíritu.

He ahí la santa vocación que yo siento en mí: aliviar los dolores corporales para poder avivar la endeble fe de nuestros tiempos. Para esta grande obra me vi especialmente llamado. Nunca tuve conciencia como hoy de cuánto puedo alcanzar, por la gracia de Dios, para los que sufren... El buen Dios me mostró claramente el camino a seguir.

Sí, hoy me veo empujado, si así se puede decir, a socorrer a todos los que sufren y padecen; hasta el don de curar algún mal que la ciencia humana ya tiene por incurable. Dios me lo dio y por ello no me glorío. Que eso no acontece por medios naturales, lo entendieron muchísimas personas, quienes a consecuencia de lo que ellos sintieron en su alma buscaron su conversión inmediata, y la indiferencia espiritual en que tantos años ellos estuvieron viviendo se cambió en una ardiente fe y confianza sin límites. Es lo que puedo decir del don que Dios por su misericordia me concedió a mí, pobre pecador.

La fe en Dios Nuestro Señor nos lleva a una persona histórica cuya grandeza pervive a través de las páginas de la historia. En nuestro tiempo, no se contempla suficientemente que la vida de Nuestro Señor continúa haciéndose presente como hace 19 siglos. Por eso no puedo aceptar los términos de “historia sagrada” refirién-

dose a una cosa como ya pasada, que concluyó. Dios todavía vive en nuestra tierra, todavía está cobrando vida la historia de Cristo”.

2. E. Brion concluye su pequeña biografía “Beato P. Eustaquio van Lieshout (1890-1943). De los vidrieros belgas valones a los buscadores de oro de Brasil. Salud y Paz” (traducción de Osvaldo Aparicio en la página web de la Provincia Ibérica), con las siguientes palabras:

“El saludo del beato P. Eustaquio era “salud y paz”: a sanar los cuerpos y a pacificar los espíritus, sobre todo de los enfermos y más necesitados, él se dedicó con todo su corazón, gastando su vida por entero en esa misión evangélica; por eso, es de justicia resaltar la sensibilidad del beato Eustaquio van Lieshout tanto para con las alegrías y esperanzas de los pobres, enfermos y pequeños, como de sus tristezas y angustias.

Con palabras del papa Francisco bien se puede decir hoy que Eustaquio fue un pastor que “olía a oveja” y que, aceptando la llamada de Jesús, supo salir de su propia comodidad y se atrevió a llegar a todas las periferias que necesitaban la luz del Evangelio”.

3. Muchos son los textos del evangelio que reflejan la forma en que el beato Eustaquio entendió y vivió el seguimiento de Jesús. Nos parecen especialmente reveladores: *El Buen Samaritano* (Lc 10, 25-37): Eustaquio encontró el sentido de su ministerio en la atención a los enfermos. Fue la razón de su vida. Los buscaba, los atendía incluso con riesgo de su salud, y les transmitía la bendición de Dios que a tantos curaba.

Mateo 14, 34-36: “Terminada la travesía atracaron en Genezaret. Los hombres del lugar, al reconocerlo, avisaron por toda la comarca, y le llevaron los enfermos, rogándole que les dejara tocar siquiera el borde de su manto, y todos los que lo tocaron se curaron”.

Primera reunión:

Sanación personal

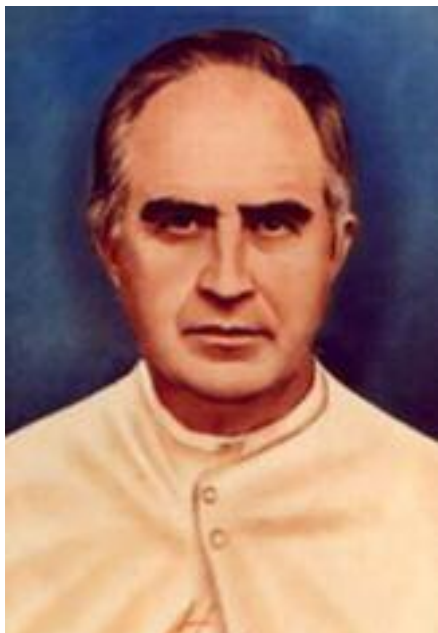
“El icono de este año es el beato Eustaquio van Lieshout. El tema de reflexión será el de la sanación y la reconciliación. La acción pedida a cada hermano será la de participar en un proceso de reconciliación interno que el Gobierno General propondrá a cada una de las comunidades mayores, regionales y delegaciones”.

Todos tenemos necesidad de sanar nuestro corazón y nuestra memoria. María Dolores López Guzmán en “Estrategias de diálogo y reconciliación” Frontera Hegian, número 77, aconseja hacer este ejercicio de sanación:

“¿Cómo es tu relación con la memoria? ¿Qué sueles recordar? ¿A dónde te conducen tus recuerdos? Haz un recorrido por tu vida mirando qué tipos de heridas la configuran y qué cicatrices te han ido dejando. ¿Crees que se puede vivir pacíficamente con ellas?” El papa Francisco en la Exhortación Apostólica *La Alegría del Evangelio* habla de la sanación del discípulo de Jesús:

“Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son

llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!” (EG 92). Con ocasión del Año de la Vida Consagrada, el papa Francisco vuelve sobre el tema de la comunión:



“Invito a releer mis frecuentes intervenciones en las que no me canso de repetir que la crítica, el chisme, la envidia, los celos, los antagonismos, son actitudes que no tienen derecho a vivir en nuestras casas. Pero, sentada esta premisa, el camino de la caridad que se abre ante nosotros es casi infinito, pues se trata de buscar la acogida y la atención recíproca, de practicar la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto para con los más débiles... Es «la mística de vivir juntos» que hace de nuestra vida «una santa peregrinación». También debemos preguntarnos sobre la relación entre personas de diferentes culturas, teniendo en cuenta que nuestras comunidades se hacen cada vez más internacionales. ¿Cómo permitir a cada uno expresarse, ser aceptado con sus dones específicos, ser plenamente corresponsable?” (Carta Apostólica II, 3).

Buceando en nuestro corazón podemos preguntarnos por ese respeto a la *grandeza sagrada* de cada uno de nuestros hermanos y de cada una de las personas que vamos encontrando en nuestra vida.

Tenemos una psicología de grupo o de cuerpo. Seguimos a Jesús en una comunidad de hermanos con quienes hemos comprometido toda nuestra vida. No nos es posible, por tanto, buscar y mucho menos encontrar la salud y la paz de manera autónoma sin

pensar en los demás. Un corazón sano lo será en la medida en que todas sus relaciones, al interior y al exterior de la comunidad, sean sanas y positivas. Lo que conlleva una buena dosis de comprensión y perdón de sí mismo y de los demás y, con frecuencia, también un proceso de sanación.

En este proceso de sanación, nos pueden ayudar las pautas anteriormente citadas de María Dolores López Guzmán y las siguientes **preguntas**:

a. ¿Qué situaciones de división en tu entorno y en el mundo te afectan más?

b. ¿Qué aspectos de tu vida necesitan una mayor reconciliación? ¿Con qué situaciones necesitas reconciliarte?

c. ¿Qué podemos hacer ante la necesidad de reconciliación que experimentamos nosotros y el mundo? ¿Qué papel está jugando en mi vida y en mi acción el sacramento del perdón en esta misión de reconciliar?

Segunda reunión:

Ministerio de la reconciliación

Nuestro mundo -la sociedad, la política, la economía, la familia, las comunidades eclesiales y religiosas, las familias...- está necesitado de reconciliación.



No se suele celebrar el sacramento de la reconciliación o del perdón como en otros tiempos. Sin embargo, los seguidores de Jesús necesitamos experiencias fuertes o significativas de encuentro con Dios y con los hermanos que pacifiquen y serenen los corazones, la iglesia y la sociedad.

Lo explica muy bien el papa Francisco en su carta para el Año de la Vida Consagrada:

“En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas. Sed, pues, mujeres y hombres de comunión, haceos presentes con decisión allí donde hay diferen-

cias y tensiones, y sed un signo creíble de la presencia del Espíritu, que infunde en los corazones la pasión de que todos sean uno (cf. Jn 17,21). Vivid la mística del encuentro: «la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método», dejándoos iluminar por la relación de amor que recorre las tres Personas Divinas (cf. 1 Jn 4,8) como modelo de toda relación interpersonal” (1, 2).

Preguntas para la reflexión personal y el diálogo en comunidad:

a. Cómo nos preocupamos de las situaciones de injusticia y de división en el mundo en que vivimos y que están cerca de nosotros: inmigración, desigualdades económicas, corrupción, desempleo...?

b. ¿A qué te ayuda la cercanía de los que sufren? Revisa la actitud de cuidar más de los sufrimientos ajenos que de los propios.

c. ¿Ponemos estas situaciones y sufrimientos en relación con el ministerio de la adoración reparadora, que nos impulsa a trabajar por un mundo justo y reconciliado?

Tercera reunión:

Salud para los enfermos

Si por algo destacó la vida del beato Eustaquio fue por su dedicación y cercanía a todos los enfermos -en el cuerpo y en el corazón-. El mismo escribía:

“Felizmente, nunca me di reposo a mí mismo cuando se trataba de aliviar los sufrimientos del prójimo y de arrancar de este mundo, en cuanto me era posible, el mal que pone obstáculos a la felicidad en esta vida terrena o en la vida eterna... He ahí la santa vocación que yo siento en mí: aliviar los dolores corporales para poder avivar la endeble fe de nuestros tiempos. Para esta grande obra me vi especialmente llamado. Nunca tuve conciencia como hoy de cuánto puedo alcanzar, por la gracia de Dios, para los que sufren... El buen Dios me mostró claramente el camino a seguir”.



El papa Francisco abre un horizonte inmenso a los religiosos en su hermosa tarea de salir y curar: “Hay toda una humanidad que espera: personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo



divino...No os repleguéis en vosotros mismos, no dejéis que las pequeñas peleas de casa os asfixien, no quedéis prisioneros de vuestros problemas. Estos se resolverán si vais fuera a ayudar a otros a resolver sus problemas y anunciar la Buena Nueva. Encontréis la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando” (*Carta Apostólica a todos los Consagrados*, II, 4).

Nurya Martínez-Gayol escribe en la revista Confer, nº 203 sobre “Nuevas formas de vivir valores de siempre: *Una palabra antigua y un dinamismo nuevo: Jesús reparador*”; en su artículo habla de la misión reparadora de Jesús con el deseo de que inspire la vocación reparadora en nuestros días y en nuestro mundo.

“Entrar en ese dinamismo (de Jesús reparador) comienza con un salir al encuentro del sufrimiento del otro, ser capaz de verlo y de mirarlo como persona, darle la posibilidad de tener un rostro, como hermano o hermana, aproximarnos a él, implicarnos y comprometernos con su situación y su sufrimiento asumiendo el riesgo de que éste nos salpique o provoque que seamos arrinconados por acercarnos a quien está asignado como marginal en nuestro mundo. Se trata de una forma particular de establecer relaciones, regalando nuestra palabra y nuestra escucha, de tú a tú, abajándonos al lugar donde está para hacerlo posible, otorgándole también a él la posibilidad de tener una palabra, abriendo un espacio para su libertad, y, así, al reconocerlo en su humanidad como un igual ponerlo en pie y abrir un horizonte de posibilidad a su esperanza”.

Para la reflexión y el diálogo:

- ¿Cómo te estás acercando al sufrimiento de los demás? Comparte alguna experiencia.
- ¿Cómo vives tu propia fragilidad: tus años, tus enfermedades, tus sufrimientos psíquicos, tu fragilidad moral, tu debilidad espiritual?
- “He ahí la santa vocación que yo siento en mí: aliviar los dolores corporales para poder avivar la endeble fe de nuestros tiempos" (P. Eustaquio). Inspirados por nuestro hermano Eustaquio, ¿qué podemos hacer ante el sufrimiento y la enfermedad que vivimos y que nos rodea?

Adoración

Ambientación

(Delante del altar colocaremos una estola morada –símbolo del sacramento del perdón- y unas tiritas o varios objetos de botiquín - símbolos de sanación-, tan unidos a la figura del Beato Eustaquio).

En la persona de Jesús, Dios se ha manifestado compasivo hacia el ser humano, especialmente a los desvalidos, enfermos, marginados. Él cura diversos tipos de enfermedades. Sanaciones, milagros, curaciones que nos hablan de la misericordia de Dios y de la irrupción de su Reinado. Es el pueblo sencillo de Galilea el que

más impresionado quedó por esta actividad sanadora de Jesús.



El P. Eustaquio, dentro de la tradición reparadora de la Congregación, *forma parte de todos aquellos que animados por el Espíritu, trabajan por construir un mundo de justicia y de amor, signo del Reino* (Const., art. 4). Se siente empujado por la Providencia para calmar los sufrimientos del prójimo, a ejemplo del Buen Samaritano y, sobre todo, desea avivar la fe de aquellos que están su-

midos en la indiferencia y viven desapasionados por Dios.

Canto

* Palabras del P. Eustaquio

“... me veo empujado por todos los lados para ayudar a la humanidad en mi condición de sacerdote, que por sus bendiciones se ve como instrumento de la Divina Providencia para aliviar los dolores del prójimo. Pero como en todo, lo material es solo el camino para lo que es espiritual, las curaciones corporales que vemos son solo medios para obtener una segunda curación más y mucho más importante: la curación del alma y no solamente del alma de aquellos que obtuvieron la curación, sino de cientos y cientos que fueron testigos de aquello y cuya alma o estaba en una indiferencia espiritual por completo, o en una tibieza profunda en las cosas de Dios y del alma. He ahí la santa vocación que en mí yo siento: aliviar los dolores corporales para poder avivar la fe de nuestros tiempos. Para esta gran obra me vi especialmente llamado. Nunca tuve conciencia como hoy de cuanto, por la gracia de Dios, puedo alcanzar para los que sufren... Dios bueno me mostró visiblemente el camino a seguir. Sí, hoy me veo empujado, si así se puede decir, a acudir a todos los que sufren y padecen (tomado de la *Positio de las Virtudes del Siervo de Dios P. Eustaquio van Lieshout ss.cc.*, Postulación General).

* Actualidad

La vida del P. Eustaquio nos habla hoy de solicitud tranquila y atenta a todos aquellos que necesitan a alguien que les escuche. Estamos invitados con su testimonio a cuidar el acompañamiento personal de jóvenes y adultos; la celebración del sacramento del perdón, donde cada persona pueda encontrar la misericordia del Corazón de Dios. Eustaquio recorría campos y visitaba a las familias, conocía a sus feligreses y la realidad que vivían. Esta pastoral directa, en contacto con la gente, acompañando al pueblo, nos da el perfil de un pastor que conoce a sus ovejas y ellas le conocen, un pastor con “olor” a oveja. Nosotros no tenemos su don de curación de males

corporales, pero hay determinados aspectos sanantes como son transmitir esperanza, alegría, consuelo, que pueden resultar de lo más milagroso en tantas personas que viven sumidas en la tristeza, la depresión o el sinsentido. También nosotros tenemos hermanos mayores en la Congregación que hemos de cuidar en su ancianidad o determinadas obras en las que estamos en contacto directo con niños con desestructuración familiar, enfermos de SIDA, inmigrantes, etc. Eustaquio nos anima a estar junto a ellos poniendo todo nuestro corazón.

* **Canto**

* **Lectura de Lc 10,25-37:** la parábola del buen samaritano.

* **Aplicación:** En este evangelio Jesús nos ilumina e indica en qué consiste amar al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y al prójimo como a uno mismo.

Miremos la manera de traducir la parábola a nuestra vida cotidiana y compartámoslo.

* **Padrenuestro.**

* **Bendición con el Santísimo.**

* **Oración con el beato Eustaquio** (todos juntos)

Señor Jesús, modelo del Hombre Nuevo,
te damos gracias por la vida de nuestro hermano Eustaquio,
servidor de los sencillos y enfermos.

En un mundo donde hay tantas palabras vacías
Eustaquio pronunció las tuyas con novedad y frescura.
En una sociedad donde lo inútil se desecha
él se puso en contacto con lo que menos valía,
siendo transmisor de salud y de paz.

En un mundo donde la enfermedad
y la muerte son fruto de la injusticia,
él puso sus manos al servicio de tu cercanía y tu curación.

En los comienzos del s. XXI,
Eustaquio alumbró para nosotros la posibilidad de un mundo nuevo,
alienta nuestras luchas y estimula nuestra fe.

Concédenos, Señor Jesús,
el Espíritu que movió a nuestro hermano Eustaquio.
Que la familia de los Sagrados Corazones te sirva
con corazón fiel, con manos dispuestas, con palabras auténticas.
Que algún día todos podamos alabarte,
junto con todos los santos del cielo. Amén.



